

Y así termina, neblinosamente poético, poéticamente interesante, este pequeño «Libro de Kareen», el que no es, precisamente, una historia, ni una novellita, ni un poema. Es, diríamos, una hermosa ficción de todo ello...—G. K.



«PROBLEMÁTICA DE LA LITERATURA», de *Guillermo de Torre* Editorial Losada. Buenos Aires, 1951, 366 páginas

El incitante libro de Guillermo de Torre propone en sus páginas introductorias, un nuevo y agudo método para estudiar los fenómenos literarios. El consiste en estudiarlos en su interpenetración con el espíritu de la época en que se dan. «Adentrarnos raigalmente—dice el crítico español—: aquí está sin duda la clave: ver tales fenómenos desde dentro y en sus orígenes, remontando la trayectoria de su curso interior y perforando su atmósfera envolvente. Porque lo esencialmente esclarecedor es la captación de las corrientes, el análisis de las tendencias espirituales y la crítica de las ideas literarias que definen una época» (p. 9). Sentado que las obras literarias «se manifiestan no sólo en una situación espacial definida, sino por una demarcación temporal insustituible; compleja textura de enlaces e implicaciones que constituye el espíritu de la época. El *Zeitgeist* se convierte así en una clave magistral de interpretaciones» (p. 10). Luego de pasar revista a los métodos de investigación literaria vigentes hoy en día (cuya crítica—por de Torre—no me parece siempre acertada ya que no to-

dos ellos persiguen los mismos objetivos que el suyo), de Torre, emprende, en la primera parte de su *Problemática*, la tarea de configurar el carácter ideológico peculiar de nuestra época. La crisis general de nuestro tiempo le merece conceptos personales. En primer lugar, reconoce la evidencia de tal crisis; la define como «muda radical, como una transformación histórica profunda» (p. 22); y la entiende como un fenómeno constitutivo y no pasajero de la época. Abocado al análisis de esta crisis con agilidad mental y destreza, de Torre distingue, relaciona y confronta, tendencias ideológicas y literarias. Racionalismo, antirracionalismo, superracionalismo; sus entranes políticos sociales y literarios. En la nueva configuración, muy compleja y difícil de resumir; desarrollo del antirracionalismo, reencuentro con el irracionalismo y nuevas posiciones se nos aparecen los individuos cargados de ideología, dueños de posiciones insoslayables afirmadas en el texto escrito, sacado a luz certera y oportunamente por el autor de *La aventura y el orden*. Revitalizadas las posiciones ideológicas, analizadas en su incrimen temporal, permiten la evaluación a una nueva luz de las calidades del creador y su justipreciación, referida a su fidelidad a la época o su deserción intelectual o sentimental: espíritu reaccionario o escapismo emocional.

Una nueva filosofía, filosofía de la vida, viene a suplantarse al cerrado sistema filosófico racionalista, al tiempo que el individuo entregado a la sollicitación vital, abandona el principio intelectual adoptándolo que Huizinga llama «propósito antinoético». Antirracionalismo filosófico o ideológico y antiintelectualismo, literario, por un lado; y, por otro, masificación y personalismo en lo político social, configuran la estruc-

tura espiritual de nuestra época para el examen acucioso de Guillermo de Torre. Las corrientes racionalistas sufren ataques sostenidos desde todos los ángulos, culturales y científicos. Pragmatismo, intuicionismo y filosofía de la vida, frente al sistema racionalista en filosofía; teoría de los cuantos frente a mecanicismo; las teorías del espacio curvo y tetradimensional frente a la física clásica; el principio de incertidumbre de Heisenberg frente al determinismo; la negación de todo criterio de verdad absoluta, por Gosenth; Freud y las revelaciones del inconsciente, etc. Y en lo literario y artístico: crisis del realismo literario frente a la *voluntad de estilo*, del realismo pictórico frente a la estilización deformadora; crisis de la música con el descubrimiento de la escala de doce tonos. Estos datos acopiados por de Torre constituyen el hecho revelador de una reacción total ante la actitud racionalista del pasado siglo. Pero este proceso no se detiene ahí. Ortega y Gasset, espíritu avizor—citado aquí y en varias otras partes, ha motivado gran parte del pensamiento de Guillermo de Torre—hace una síntesis clarificadora cuando afirma «la vida no tolera que se la suplante con la fe revelada ni con la razón pura. Por eso se produjo la crisis del Renacimiento, por eso se ha abierto ante nosotros, tenebrosa, enigmática, una nueva crisis. Frente a la revelación se alzó la razón pura, la ciencia, frente a la razón pura se incorpora hoy, reclamando el imperio, la vida misma, es decir la razón vital, porque vivir es no tener más remedio que razonar ante la inexorable circunstancia» (p. 36). Luego del bagaje de cargos contra el racionalismo y la extremosidad frecuente del antirracionalismo se abre el campo positivo del raciovitalismo de Ortega y las manifestaciones ecológicas que éste ha encontrado

por influencia directa o por hallarse integrado en el espíritu de la época simplemente.

El proceso original de la crisis del concepto—preconcepto—de literatura lo fija, de Torre, en la postguerra del primer conflicto mundial. Comienza a germinar allí una desconfianza no tan sólo hacia la literatura, sino también hacia el lenguaje verbal. Esto queda de manifiesto en los ataques, de Wittgenstein en su «Tractatus lógico-philosophicus», a la teoría de la significación lingüística; en el lenguaje revulsivo y en constante gestación, desatendiendo a toda sintaxis u ordenación lógica, de Joyce; en el afán de los *letristas* de poblar la nada de sonidos con desprecio absoluto por la palabra; y la incomunicabilidad en las tendencias poéticas últimas. La reacción—de cierta extremosidad igualmente—a estas tendencias la constituye la actitud de Sartre al reafirmar la comunicabilidad y el valor instrumental del lenguaje por encima de todo otro valor lingüístico o expresivo. Nuevos afanes acrecen la actividad literaria desplazando sus caracteres prístinos por ambiciones que Guillermo de Torre llama *paraliterarias*, en las que caen el *panlirismo* y el *metalenguaje*, por un lado, y, por otro, el afán revolucionario y partidista. Un proceso intensivo de gregarización lleva a la confusión o simple desplazamiento del «homo aestheticus» por el «homo socialis», empleando la terminología de Spranger. La cada vez más decisiva tentación del literato de ejercer una acción social con su obra y su cada vez mayor participación sectaria en actividades político-sociales, crean los problemas actuales, vivos y resonantes, por un lado, de la literatura desprendida o gratuita y la literatura comprometida; y, por otro lado, de la literatura sectaria y dirigida. Al deslinde de estas formas de la ac-

tividad literaria actual, dedica Guillermo de Torre gran parte de su libro y constituye el núcleo macizo de su *Problemática*. Veamos primeramente literatura desprendida y literatura comprometida. Aclaremos desde ya que la terminología está usada con valor diferente al que le asigna Sartre en su *Situation II* (Gallimard, París, 1948). «El compromiso en literatura—a mi juicio, y habré de repetirlo una vez más—dice de Torre, es ante todo el compromiso del intelectual o del artista con su conciencia y frente a su universo; no puede significar en ningún caso embanderamiento o sumisión, está en las antípodas de la militancia unilateral» (p. 332). Aquí queda definida, en la manera en que queda dicho, la literatura comprometida; por exclusión, la desprendida o gratuita; y por contradicción la literatura dirigida y sectaria. «La literatura comprometida—tal como yo la encaro—advierte de Torre en otro lugar, puede servir a una idea, mas por propia iniciativa de su autor, esto es, espontáneamente. . . » (p. 211). Para aclarar luego: «La literatura más «comprometida» será así aquella que menos se preocupe de parecerlo, pero que sepa responder más profundamente a las exigencias conjugadas del espíritu sin fechas y de la época datada. La literatura más «comprometida» será también aquella que aun alcanzando trascendencia activa, aun logrando sus fines inmediatos, lo haga sin menoscabo de sus medios expresivos» (p. 209). Y en otra parte: «...el *engagement* de un libro y la eficacia de este compromiso son totalmente independientes de su valor literario» (p. 208). Esto es que la literatura sometida al influjo situacional, por darse necesariamente en una circunstancia temporoespacial determinada, no puede negarse a él y cualquier actitud frente a

aquella circunstancia es un *engagement*, un comprometerse, un estar emplazado y un tomar posición. Por otra parte, esta toma de posición, con la acción misma que ella determina sobre el medio, no puede bastar por sí misma para otorgar categoría literaria a una obra. Y para su pervivencia estética deberá acogerse a las exigencias propias de los valores puramente literarios, ceñidos también y a su modo al influjo epocal. Frente a este concepto, una literatura gratuita o desligada es hoy y siempre una utopía. No existe la ucronía literaria ni otra que tal. Luego de analizar documentalmente las peripecias de la literatura dirigida, estudiando los diferentes núcleos en que ésta se dió y se da actualmente y los problemas individuales a que esta tendencia dió origen, pasa Guillermo de Torre a estudiar y discutir el problema de los medios y los fines en literatura. Reafirma en este capítulo su posición en defensa de los valores literarios por encima de cualquier otro valor. Se detiene en algunas obras recientes cuya intención—por ejemplo *La hora veinticinco* del escritor rumano, descubierto a Occidente por Gabriel Marcel, Virgil Georghiu—queda muy por encima de los medios literarios y su valor estético. Las imbricaciones filosóficas sobre todo suelen llevar en autores, novelistas, dramaturgos, coetáneos y contemporáneos nuestros, a un menosprecio evidente por los valores puramente literarios, los que dan categoría formal y estética a la obra. Termina el autor de esta *Problemática de la literatura* por hacer ciertas conclusiones tendientes a la reducción de los extremismos antinómicos en una dialéctica de factores jerarquizados y diferenciales; y a sentar de una vez la imposibilidad de una literatura antiliteraria que comience por negar el lenguaje y su valor comunicati-

vo. Acusando, por último, a la literatura de pureza química, de dimisión; y a la literatura tendenciosa, de irrisión. Termina así el crítico español avvicinado en nuestra América, su defensa objetiva y documental, a la vez que apasionada, de la literatura en sus valores universales y en lo que ella tiene de actual y digno. Su libro, y no podía ser de otra manera, se halla igualmente sometido a los requerimientos epocales y está peculiarmente *engagé* desde el momento de su concepción primera; lo está también nuestra posición al enfrentarnos a esta *Problemática de la literatura* tan vasta, tan profunda y sugerente. Esta, apenas, nota bibliográfica te ha de llevar ya, amigo lector, a un *engagement* del cual acaso no sea inmodesto preciarse. —CEDOMIL GOIC.